



EQUILIBRIO, MOVIMIENTO, ORDEN Y TACTO

EQUILIBRIO, MOVIMIENTO, ORDEN Y TACTO

Siempre estamos a vueltas con lo que los abstractos quieren decirnos con sus obras. ¡Pues que nos lo digan!

Tal fue la exclamación de un visitante desasosegado, una buena mañana, en una galería madrileña. Estuve a punto de acercarme a él y con palabras de Alberto Savinio, el polifacético hermano de Giorgio de Chirico, decirle que *la espera de aquello que no puede ocurrir es la forma más penosa de la infelicidad*. No lo hice. Salí, y a buen paso, calle arriba y mañana adelante, abrí mi mochila de las preguntas...

¿Eran mudas aquellas obras? ¿Padecía sordera el exclamador? ¿Podía volverse tan irritante el lenguaje del arte abstracto? A más de un siglo de la famosa acuarela de Kandinsky, ¿era tan precaria aún la relación con las formas artísticas no representativas? Esa antipatía y esa incompreensión ¿tenían que ver con los fundamentos del alfabeto creador, con la excelencia o con la mediocridad de los artistas, con el confort anímico, con la costumbre de rehuir las dificultades, con la sofisticación de los escritos sobre arte contemporáneo, con los propósitos no cumplidos, con el exceso, con la indiferencia? El espíritu abstracto que se movía cuidadosamente para dar a luz obras moduladas, con proporciones justas, equilibradamente... ¿era un lenguaje límpido, era un estorbo, era un golpe de mano, era un ornamento inútil, o era acaso...?

Apliqué la marea de las inquisiciones que me estaban robando el aliento y recordé la paradoja que alguien maduro, inteligente y bueno le dijo un día a un poeta que sufría: que entendiera muy bien, y que aceptara, que cuanto más se expresa menos se comunica; y que cuanto más se comunica, menos se consigue expresar. Que tenía que elegir, y que eligiera. Y el autor eligió, desde luego que sí.

zas que respiran en los muy intrigantes enigmas de lo aéreo. Se diría que Pecharromán percibe el laborar de arriba y el de abajo, y que su actividad de escultora es una colaboración que la asombra.

Marta Iglesias. En uno de sus cuadros de esta exposición, la artista traza líneas que circundan la manchas circulares del pincel; en el otro, con colores curiosamente ácidos, cubre todo el espacio sobre el lienzo, haciendo dialogar las superficies, presentando los frutos de sus observaciones. Y en las dos obras hay pulsación clara, seguridad y diálogo fecundo, sereno, equilibrado y jubiloso entre las huellas gráficas y la amplitud del paso a lo pictórico; hay esencialidad y abstracción suave, hay esa libertad firme y pauta que puede establecerse entre la aspiración y la realización. Así aparecen ante nosotros ese *Hueco de la semilla* y los cuerpos celestes que crean la alternancia de días y de noches. Siempre, despierta Iglesias nuestra admiración, pues sus imágenes son de las que nos llevan a estimar los movimientos de los corazones, son de las que reúnen vida y arte, son de las que comprenden la tensión de querer encontrar *el infinito*, mirando cuidadosamente siempre, siempre *por todas partes, lo finito*. El tacto de su clara alma de artista ama en todo momento la vida creadora de sus manos, cuando dudan, cuando buscan y cuando encuentran, como si se movieran sin pausa entre el mundo invisible y el visible.

María José de la Chica. *Castillos en el aire* es el título de los dos dibujos que María José de La Chica ha seleccionado para esta exposición. Son dibujos que brotan en los límites de la figuración; dibujos cuyas líneas, poquito a poco, minuciosamente, van dejando su sombra en el papel, van explorando las orillas del aire, van buscando el gran premio del acierto. En blanco, en negro, en grises la autora va tejiendo con la punta del lápiz la arquitectura aérea de unos *nidos* capaces de albergar la fortaleza de las ilusiones; formas que tejen y entretejen acciones del pasado, el presente y el futuro en las que se cultivan los sueños y sus sucesivos despertares, entre la seguridad y la incertidumbre, entre lo perdido y lo recobrado, entre la indefensión y la fortaleza. ¡Qué sabiamente emplea De la Chica el tacto observador de su mirada y el tacto de su mano! No hay vanas insistencias expresivas, manoseo, rigidez ni blandura, no hay sentimientos sobredimensionados ni locuacidad ni

indiscreción formal en estos dos dibujos, y las huellas de sus ademanes son esas líneas diestras y delicadas que van entretejiendo direcciones que alientan en el tiempo con dimensiones que viven en el espacio.

José Ramón Blanco. Con lo olvidado, con lo desechado, con retazos de cosas que fueron parte de otras antes de ingresar en la intemperie. Con cartones bizarros, con alambres, con mármol mal cortado y mal pulido, con trozos de papel sin su dibujo; con objetos a punto de convertirse en sobras; con lo que traen y llevan los recuerdos; rescatando residuos, transformando los pesos y medidas de lo que está en peligro de perderse en el rebumbio de un contenedor es con lo que labora la imaginación de este artista. Y es que él no deja tras de sí lo que la mayoría no queremos, ya que siente con rara claridad que lo que nos estorba bien nos puede ayudar si no nos limitamos a apartarlo y volver estadística su desaparición. José Ramón Blanco establece relación artística francamente amistosa entre lo afligido y lo gozoso, y con voluntad vivificadora alza en el aire obras restablecidas de los achaques de la melancolía, obras con la magnitud de una fantasía verdadera, obras cuyas *palabras* han adquirido la serenidad de la experiencia y la firmeza de la levedad.

Isabel y Elena Pan de Soraluca. Saben que colaboran con lo vivo; sienten que están creando con materia que respira, que suena, que se mueve; aspiran a integrar en la madera las formas descubiertas por la imaginación sin que en el lance haya acción forzada; aman el mundo de lo natural y cultivan el mundo de lo configurado por el alma y las manos del artista con respeto profundo y con libertad clara. Saben, sienten, aspiran, aman, cultivan..., crean formas que nacen *entre la persistente armonía*. Las obras de estas dos escultoras entablan relaciones vitales con la luz, se abren al aire y vibran y se ofrecen sin turbiedad a la contemplación: la contemplación de nuestras manos, que se van hacia ellas con amplios ademanes de acogida para relacionarnos con sus volúmenes, sus huecos y sus protuberancias de forma palpitante, para experimentar las hechuras del equilibrio, del movimiento, del orden y del tacto, características que amparan obras con potestad alegre, con crédito artístico, con autoridad verdadera.